

Don Juan y la Filosofía

LEONARDA RIVERA

*México, Siglo XXI Editores: Universidad
Autónoma de Sinaloa: El Colegio de Sinaloa,
Premio Narrativa 2018, 2019*



El libro que hoy presentamos es un recorrido por las inquietudes filosóficas que el personaje de Don Juan ha suscitado en el pensamiento, desde que nació bajo una condición existencial barroca, guiado por la curiosidad y atracción que ambos, personaje y pensamiento filosófico alrededor de Don Juan, han producido en Leonarda Rivera. Es un recorrido construido por una serie de paisajes lucidamente mostrados por una escritura penetrante, tenaz, delicada, generosa, rica en cortesías para con sus lectores.

El eje del libro es la pregunta por Don Juan. Por las condiciones históricas, culturales, estéticas, religiosas en las que germina. Cada escritor que ha dedicado páginas a la figura del personaje ha tratado de encontrar su por qué o ha echado mano de su personaje conceptual para tratar algún tema que ronda la complejidad del drama humano. Leonarda Rivera nos señala lo que a cada uno de ellos obsesionó y cómo intentaron, comprenderlo algunos, y explicarlo otros. Cómo algunos salvaron su alma, cómo otros ven su alma refundida en el infierno, cómo otros lo hicieron la paradoja del hombre moderno, que en defensa de su íntima e individual

libertad genera para sí una soledad absoluta, cómo otros le concedieron la posibilidad del goce epicúreo, u otros más se duelen del terror al vacío de su ser desalmado o de su arrogante endiosamiento.

La tesis central que sustenta el libro es que Don Juan es la encarnación de una paradoja vital del hombre moderno: la ansiada afirmación de sí mismo le dirige a pagar de tal forma por ello que no puede sino tener consecuencias, ya sea la pérdida de la salvación, ya sea la desventura del amor imposible, ya sea la soledad o la melancolía. La deseada fuerza del yo se abre a una complejidad inaudita del ser. El deseo, la voluntad la pasión, vendrán acompañadas de experiencias nuevas como la duda por la salvación, por cuál es lugar de Dios en nuestra vida, o si el hombre tiene un puesto en el cosmos.

Para dar cuerpo al texto, la autora lo estructuró en nueve apartados, cada uno de ellos aproxima al lector a una diferente perspectiva de cómo ha sido interpretada esta fuerza pasional que es Don Juan. Así, el recorrido a traviesa por diferentes cruces. El libro abre con la libertad como primer tema. Y como lo dice Leonarda Rivera, este uno de esos temas centrales del pensamiento filosófico, una de esas insoslayables necesidades del espíritu, así que no es azaroso que inicie con él. El católico Don Juan de Tirso de Molina, sabe, como todo hombre de su época, de la existencia de Dios y de su presencia permanente en la vida humana. Sin embargo, precisamente porque lo sabe puede desafiar todas leyes, la de Dios, las éticas y morales, las propias de la ciudad. En ningún momento tiene la tentación del arrepentimiento para salvar su alma, por el contrario, es suya la convicción de que la vida fugaz que vive, en tanto ser humano, le orilla a vivirla en búsqueda del placer y si tiene que responder por ello lo hará sin escatimar su responsabilidad. No se miente, conserva en medio de su capacidad de engaño, la dignidad de ser quien es. Como señala la autora: “El goce de Don Juan de Tirso depende de la conciencia del pecado. Su disfrute de la vida le hecho saber que en esta vida imperfecta la alegría y el dolor están hermanados”.¹ A diferencia de otro personaje barroco como lo es Fausto no requiere de la ayuda del diablo para perseguir sus propósitos, no reclama bienes magnánimos, “le basta el olor de una manzana, de la hierba recién mojada por la lluvia”, o “la belleza embriagante de una campesina, del deseo continuo que lo lleva de una mujer a otra”.² Fausto vende su alma y se arrepiente al final, busca desesperadamente salvarse. Para su desgracia es protestante y no puede encontrar ni en el arrepentimiento, ni en el perdón de nadie, la vía de salir de la consecuencia de sus actos. Don Juan, el católico de la contrareforma, fiel a sus principios sabe que

¹ Rivera, Leonarda. *Don Juan y la filosofía*. México, Siglo XXI Editores: Universidad Autónoma de Sinaloa: El Colegio de Sinaloa, Premio Narrativa 2018, 2019. p. 22

² p. Op. Cit. p. 23

el que la hace la paga. En el fondo late imperturbable la pregunta que le angustia: ¿me salva Dios o me condeno yo?

La autora nos hace caer en cuenta lo difícil que ha resultado la representación pictórica de Don Juan, si bien la literatura y la música lo han recreado, ha sido imposible darle un rostro, una mirada definida. Cómo puede ser el rostro de Don Juan, cómo poder fijar la inquietud y desasosiego que lo acompañó en vida.

El planteamiento formulado por Deleze y Guattari en *¿Qué es la filosofía?* sostiene que “el destino del filósofo es convertirse es su o sus personajes conceptuales, al mismo tiempo que estos personajes se convierten ellos mismos en algo que son distinto a lo que son históricamente.”³ Siguiendo este esbozo la autora observa a Soren Kierkegaard y se detiene en sus personajes conceptuales: Don Juan, Fausto y el Judío errante. Cada uno representante del estadio estético, a quienes señala Leonarda Rivero, “llama las tres grandes ideas o encarnaciones de la vida fuera de lo religioso en su triple dirección: la de Don Juan que es el goce, la de Fausto que es la duda, la del Judío errante que es la desesperación. Estas figuras escenifican conceptos, por eso son personajes conceptuales. El Don Juan de Kierkegaard “es el individuo que vive exclusivamente para su deseo, hasta el punto –nos dice la autora– de que el deseo sólo tiene realidad en él.”⁴ Johannes no sólo goza de lo estético, sino que goza también estéticamente de su personalidad. Este Don Juan reflexivo ha perdido espontaneidad pero adquiere una posición de dominio que le permite analizar cada situación. Y, por lo mismo, disfrutar de cada instante. Pareciera que la seducción no tiene como fin la satisfacción de un capricho carnal sino el logro de una vivencia estética, la cual implica la superación de lo cotidiano.

La autora observa que la figura de Don Juan en los románticos fue de fascinación, entre otros elementos, por el carácter diabólico que éste entraña. Y a la vez que los conceptos de libertad y heroicidad se dan entrelazados. “Los héroes del romanticismo lejos de rebelarse contra su desgracia, nos señala autora, acarician la trágica constitución de su destino porque ello es lo que les hace fuertes: el sujeto romántico crece en su libertad con la estoica aceptación de su destino”⁵. Antes de su conversión el Don Juan de Zorrilla, salvado por el amor que llega a sentir por Doña Inés, es un hombre malvado, egoísta, seductor. Así se describe en los versos de Zorrilla:

Por donde fuera que fui la razón atropellé,
La virtud escarnecí,
A la justicia burle,

³ Op. Cit. p.30

⁴ Op. Cit. p. 36

⁵ OP. Cit. p. 43

Y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas baje,
A los palacios subí,
Yo a los claustros escalé y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí.⁶

Cabe subrayar la claridad con la que se piensa así mismo y con la que actúa. No es un hombre confundido, dando palos de ciego, por el contrario, lo que más estremece es escuchar la nitidez de sus palabras al describir su maldad.

Por otro lado, la autora nos lleva al otro extremo, a un cambio radical, a la búsqueda de endiosamiento que persigue el personaje de Don Juan. Para ella es claro que encarna una de las metáforas más poderosas del delirio de deificación. “Del seréis como dioses” que ofreció la serpiente a Eva. “Don Juan entonces no es un hombre, es una potencia seductora, es el sueño del que siendo hombre mortal triunfa sobre las leyes de la ciudad, del amor y del tiempo.”⁷ Es un delirio -dice Leonarda Rivera alentada por las consideraciones de María Zambrano- “que nace del fondo más oscuro de la condición humana, y como tal, al renacer una y otra vez, en formas distintas señala la imposible condición del ser humano, como si el ser del hombre simplemente fuese un imposible; un empeño imposible que persiste. Y al persistir es, porque en cierto modo se realiza.”⁸

El siglo XVII vio nacer la monadología de Leibniz, donde unidades individualizadas no se comunican entre ellas. También, nos dice la autora, vio nacer el yo, tanto en la literatura como en la filosofía y es aquí donde nace Don Juan; a ojos de María Zambrano como una monada encarnada, encerrado en sí mismo, incapaz de abrirse a otros y sobre todo un personaje que sufría la enfermedad barroca por excelencia: la melancolía. Para Zambrano, entonces, Don Juan será la metáfora de la soledad y la libertad del hombre moderno, pero añade, bajo la forma del absolutismo individual. Si los románticos han salvado a Don Juan por la vía del amor, el Don Juan Barroco reproduce en su interior el horror vacui. El miedo al vacío como sentimiento de la época. El miedo al vacío es de tal magnitud que requiere llenarse de una sucesión de rostros, de conquistas, pero al tratarse de un vacío existencial nunca será colmado. El placer no logrará remediar ese vacío. Semejante a una monada Don Juan es incapaz de salir de sí mismo: no podrá amar a nadie. Su tragedia es no fragmentariedad, la imposibilidad de que se haga pedazos. A esto Zambrano lo denomina la soledad absolutista o la imposibilidad de amar.

⁶ Op. Cit. p.44

⁷ Op. Cit. p. 55

⁸ Op. Cit. p. 54

En la perspectiva que sostiene Eugenio Trías, algo que llama la atención a Leonarda Rivera, se vislumbra el tratamiento de Don Juan como una figura no propia de la cultura española sino de la versión de Mozart y Da Ponte. La figura de Don Juan en *El canto de las sirenas*, uno de los últimos libros de Trías, el autor ve una de las figuras más potentes del deseo. Nos fascina porque entraña la belleza y el terror de ser hermanados. Como subraya la autora: los seres humanos envidian a Don Juan y desean ser como él, sin embargo, les fascina sólo la mitad de él, la que tiene que ver con el placer, la otra les causa horror. El espectador contempla a Don Giovanni o a Don Juan de Tirso y despierta en su interior toda clase de sentimientos. Es la imagen de alguien que quiso llevar su individualidad, su yo, hasta las últimas consecuencias políticas, religiosas, históricas.

El libro de *Don Juan y la filosofía* de Leonarda Rivera es una brillante reflexión sobre la importancia fundamental de una figura emergida de la literatura española. En él se observa detenidamente, como he tratado de señalar la autora, cómo este personaje trasciende el momento cultural en el que fue creado y se mantiene presente en la reflexión literaria y filosófica moderna y contemporánea; cómo su riqueza, horror y complejidad hace de él un personaje que aun late en la interioridad de los seres humanos modernos y contemporáneos.

Cada uno de los autores mencionados ha mantenido una unidad entre literatura y filosofía, aun sin proponérselo y sin saberlo, y más en específico, como lo subraya la autora, entre literatura y ontología a través de la contemplación de Don Juan. La filosofía ha requerido del auxilio de la literatura, para enriquecer sus horizontes, para abrir sus espacios de contemplación sensible y este libro es un uno de los ejemplos mejor logrados de esta relación permanente. Como lo señala María Zambrano en su libro *El hombre y lo divino*: “desde sus orígenes la filosofía se apartó del infierno”; es decir, si el arte representa “lo otro” de la razón, la literatura puede ser vista como el lugar donde se manifiesta eso “otro” irracional, monstruoso o demoníaco; lugar entonces donde laten y viven expresando aquello que aún no ha podido ser recogido por el pensamiento. Hay un esfuerzo persistente en el libro de Leonarda Rivera por descifrar la condición ontológica del personaje literario de Don Juan a través de las diferentes perspectivas reflexivas que conforman. Estamos frente a un texto logrado por el cual cabe felicitar a la autora y a sus lectores.

JULIETA LIZAOLA